

CAPITULO IV - EL ARREPENTIMIENTO DE PEDRO

"Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente" (Lucas 22:61, 62).

ESTE FUE EL PUNTO decisivo en la historia de Pedro. Cristo le había dicho: *"No me puedes seguir ahora"*. Pedro no estaba en condiciones de seguir a Cristo porque no había llegado al fin de sí mismo; no se conocía a sí mismo, y por tanto no podía seguir a Cristo. Pero cuando salió fuera y lloró amargamente, sobrevino el gran cambio. Cristo le había dicho previamente: *"Una vez vuelto, confirma a tus hermanos"*. Este es el punto en que Pedro se convirtió del Yo a Cristo.

Yo doy gracias a Dios por la historia de Pedro. No sé de hombre alguno de la Biblia que nos dé más consuelo. Cuando consideramos su carácter, tan lleno de fallas, y lo que Cristo hizo de él por el poder del Espíritu Santo, hay esperanza para todos nosotros. Pero recuerden que antes de que Cristo pudiera llenar a Pedro del Espíritu Santo y hacer de él un hombre nuevo, Pedro tuvo que salir fuera y llorar amargamente; tenía que ser humillado. Si queremos comprender esto, creo que hay cuatro puntos que debemos considerar. Primero, consideremos a *Pedro, el ferviente discípulo de Jesús*; después, a *Pedro, viviendo la vida del Yo*; a continuación, a *Pedro en su arrepentimiento*; y, por último, *lo que Cristo hizo de Pedro por el Espíritu Santo*.

PEDRO, EL FERVIENTE DISCIPULO DE CRISTO

Cristo llamó a Pedro a abandonar sus redes y seguirle. Pedro lo hizo al instante, y más tarde pudo decir con razón al Señor:

"Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido".

Pedro era un hombre de *entrega absoluta*; lo dio todo para seguir a Jesús. Pedro era también un hombre de *pronta obediencia*. Recuerdan que Cristo le dijo: *"Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar"*. Pedro el pescador sabía que allí no había pescado, porque habían estado trabajando afanosamente toda la noche y no habían cogido nada; pero dijo: *"En tu palabra echaré la red"*. Se sometió a la palabra de Jesús. Era, además, un hombre de gran fe. Cuando vio a Cristo andar sobre el mar, dijo:

“Señor, si eres tú manda que yo vaya a ti sobre las aguas”; y a la voz de Cristo, descendió de la barca y anduvo sobre las aguas.

Y Pedro era un hombre de discernimiento espiritual. Cuando Cristo preguntó a los discípulos:

"¿Quién decís que soy yo?", Pedro pudo responder: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Y Cristo dijo: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos". Y Cristo habló de él como del hombre roca, y dijo de él que tenía las llaves del Reino. Pedro era un hombre espléndido, un discípulo ferviente de Jesús, y si viviera en nuestros días, todo el mundo diría de él que era un cristiano avanzado. Y, sin embargo, ¡cuánto le faltaba a Pedro!

PEDRO VIVIENDO LA VIDA DEL YO

Usted recordará que inmediatamente después de haberle dicho Cristo a Pedro: "No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos", empezó Cristo a hablar de sus sufrimientos, y Pedro se atrevió a decir: "Señor. . . en ninguna manera esto te acontezca", y Cristo tuvo que decirle: "Quítate de delante de mí, Satanás! . . . porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres".

Ahí estaba Pedro en su propia voluntad, confiando en su propia sabiduría y hasta prohibiéndole a Cristo ir a morir. ¿De dónde venía esto? Pedro confiaba en sí mismo y en sus propias ideas acerca de las cosas de Dios. Vemos que más adelante, y más de una vez, se preguntaron los discípulos quién había de ser el mayor; uno de ellos fue Pedro, que creía tener derecho al primer lugar. Buscaba su propio honor aun por encima de los otros. Era la vida del Yo, muy fuerte en él. Había dejado su barco y sus redes, pero no su viejo Yo.

Después de hablar de sus sufrimientos y de decir a Pedro: "Quítate de delante de mí, Satanás", Cristo continuó: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame". Nadie puede seguirle de otro modo. Tenemos que negarnos absolutamente a nosotros mismos. ¿Qué quiere esto decir? Cuando Pedro negó a Cristo, leemos que dijo por tres veces: "No conozco a este hombre" en otras palabras: "No tengo nada que ver con El; El y yo no somos amigos; niego tener relación alguna con Él". Cristo le había dicho a Pedro que tenía que negarse a sí mismo. *Hay que hacer*

caso omiso del Yo, y negar todas sus exigencias. Esa es la raíz del verdadero discipulado; pero Pedro no lo comprendía y no podía obedecer. Y ¿qué sucedió? Cuando llegó la última noche Cristo le dijo:

“Pedro, Antes que el gallo haya cantado dos veces me negarás tres veces”. Pero, ¡con qué confianza en sí mismo contestó Pedro: “Aunque todos te abandonen, yo no lo haré. Estoy dispuesto a ir contigo a la prisión y a la muerte”!

Pedro lo decía sinceramente, y se proponía verdaderamente hacerlo; pero no se conocía a sí mismo, no creía que era tan malo como Jesús había dicho que era.

Pensamos tal vez en pecados individuales que se interponen entre nosotros y Dios, pero ¿qué hacer con esa vida del Yo, toda impura, que es nuestra misma naturaleza? ¿Qué hacer con esta carne que está totalmente bajo el poder del pecado? Es la liberación de ella lo que nosotros necesitamos. Pedro no lo sabía, y fue por eso por lo que, puesta su confianza en sí mismo, osó decir que nunca negaría a su Señor.

Fíjese cómo Cristo usa el verbo negar dos veces. La primera vez le dice a Pedro: "Niégate a ti mismo"; la segunda vez le dice: "Me negarás". Lo uno o lo otro.

No hay otra alternativa; o nos negamos a nosotros mismos o negamos a Cristo. Hay dos grandes poderes en pugna el uno con el otro -- la naturaleza egoísta en poder del pecado, y Cristo en poder de Dios. Uno de los dos tiene que mandar en nosotros.

Fue el Yo el que hizo al Demonio, que era un ángel de Dios, pero quiso exaltarse a sí mismo y se convirtió en un Diablo en el Infierno. El egoísmo fue la causa de la caída del hombre: Eva quiso algo para sí, y nuestros primeros padres cayeron en la miseria del pecado; nosotros, sus hijos, hemos heredado una tremenda naturaleza pecadora.

EL ARREPENTIMIENTO DE PEDRO

Pedro negó a su Señor tres veces, y entonces el Señor le miró, y la mirada de Jesús rompió el corazón de Pedro y de repente se abrió ante él el terrible pecado que había cometido, el terrible fallo en que había incurrido, la sima a la que había caído, y *"saliendo fuera, lloró amargamente"*.

¿Quién podría decir lo que debió ser aquel arrepentimiento? ¡Qué desesperanza y que desesperación debió sentir durante todo el resto de aquella noche, y al otro día cuando vio crucificar y sepultar a Cristo, y el día siguiente, el sábado! .

"Mi Señor ha desaparecido, mi esperanza ha desaparecido, y yo he negado a mi Señor. Después de esa vida de amor, después de tres años de bendita comunión, he negado a mi Señor. Dios tenga misericordia de mí!" No creo que podamos darnos cuenta de la profunda humillación en que se hundió Pedro entonces. Pero aquella fue la **crisis decisiva** que produjo el cambio; y el primer día de la semana Cristo se le apareció a Pedro, y la misma tarde lo encontró con los otros discípulos. Más adelante, en el Lago de Galilea, le preguntó: "¿Me amas?" hasta que Pedro se entristeció con la idea de que el Señor quería recordarle su triple negación, y dijo con pena, pero con aplomo:

"Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo".

PEDRO TRANSFORMADO

Ahora estaba preparado Pedro para ser liberado del Yo, y éste es mi último punto. Como usted sabe, Cristo lo llevó con otros al escabel del trono y les mandó que esperasen allí; y en el día de Pentecostés vino el Espíritu Santo, y Pedro fue un hombre transformado. No quiero que piense sólo en el cambio que se produjo en Pedro en aquel atrevimiento, y en aquel poder, y en aquella penetración en el sentido de las Escrituras, y en la bendición con que predicó aquel día. Gracias a Dios por todo ello. Pero hubo algo más profundo y mejor para Pedro. Toda la naturaleza de Pedro se transformó. La obra que Cristo había empezado en Pedro cuando le miró, llegó a su perfección cuando Pedro fue lleno del Espíritu Santo.

Si quiere verlo, lea la Primera Epístola de Pedro. Sabe en qué estaban los fallos de Pedro. Cuando dijo a Cristo, en resumidas cuentas: "Tú no debes sufrir; es imposible", demostró no tener idea de lo que era pasar de muerte a vida. Cristo le dijo: "Niégate a ti mismo", y a pesar de ello, negó a su Señor. Cuando Cristo le avisó: "Me negarás", y Pedro insistió en que jamás lo haría, mostró cuán poco comprendía lo que había en él. Pero cuando leo su epístola y le oigo decir: "Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros", digo que no es el viejo Pedro el que habla, sino el mismo Espíritu de Cristo que alienta Y habla en él y cuando leo que dice: "*Para esto sois llamados, para sufrir, como Cristo sufrió*", comprendo el cambio que ha venido sobre Pedro. En lugar de negar a Cristo, encuentra gozo Y contento en que su propio Yo se vea negado, crucificado, Y

entregado a la muerte. Y por eso leemos en los Hechos que cuando se le convoco ante el concilio, pudo decir atrevidamente: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”, y que pudo salir de la presencia del concilio con los otros apóstoles gozoso de haber sido tenido por digno de sufrir por el nombre de Cristo.

Se acuerda cómo se ensalzaba a Si mismo; pero ahora halla que “el. . . ornato de un espíritu de un espíritu apacible. . . es de grande estima delante de Dios”. Y otra vez nos dice: Estad todos "Sumisos unos a otros, revestíos de humildad".

Querido amigo, se lo ruego, considere el cambio total que se ha operado en Pedro: el Pedro~ que se agradaba a sí mismo, que confiaba en sí mismo, que se buscaba a sí mismo, lleno de pecado, que a cada paso cometía imprudencias, siempre e impetuoso, lleno ahora del Espíritu y de la vida de Jesus. Cristo lo había hecho en su favor por el Espíritu Santo.

Y ahora, ¿cuál ha sido mi objeto al presentarles así, brevemente la historia de Pedro? Esta historia debe ser la de todo creyente del que Dios haya de servirse para bendición. Esa historia es un anuncio de lo que todos podemos recibir del Dios del cielo.

Echemos una rápida ojeada a las lecciones que nos enseña.

La *primera* lección es esta: uno puede ser un creyente ferviente, piadoso, y consagrado, y el poder de la carne ser muy fuerte. Esta es una solemne verdad. Pedro, antes de negar a Cristo, había echado fuera demonios y había sanado enfermos; y, no obstante, la carne tenía poder, y la carne tenía cabida en él. Amado, necesitamos darnos cuenta de que es precisamente porque hay tanto en nosotros de esa vida egoísta por lo que la potencia de Dios no puede obrar en nosotros tan poderosamente como Dios quiere que obre. ¿Se da cuenta de que el gran Dios anhela doblar su bendición, dar diez veces más bendición a través de nosotros? Pero hay algo que se lo estorba, y ese algo no prueba nada sino el egoísmo de nuestra vida. Hablamos del orgullo de Pedro, de la impetuosidad de Pedro, de la confianza de Pedro en sí mismo. Todo estaba arraigado en lo que expresa esta sola palabra: Yo. Cristo había dicho: "Niégate a ti mismo", y Pedro nunca lo había entendido, y nunca había obedecido, y de ahí procedían todos sus fallos. ¡Qué solemne reflexión y razón poderosa para que clamemos: Oh Dios, haznos ver con claridad que ninguno de nosotros debe vivir una vida de egoísmo! A más de uno que había sido cristiano por muchos años, que quizás incluso había ocupado en la iglesia un puesto prominente, le ha sucedido que Dios le ha descubierto y le ha enseñado a

descubrirse a sí mismo, lleno de vergüenza y cayendo con el corazón quebrantado delante de Dios. ¡Qué amarga vergüenza, pena, dolor, y agonía le sobrecogieron, hasta que por fin halló que había liberación! Pedro salió fuera y lloró amargamente. Puede haber más de un hombre piadoso en quien el poder de la carne domina todavía.

La *segunda* lección es: después de descubrir el poder del Yo, es la obra de nuestro bendito Señor Jesús. ¿Cómo fue que Pedro, el Pedro carnal y voluntarioso, el Pedro de fuerte amor propio, se convirtió en un hombre de Pentecostés y en el autor de su epístola? Fue porque Cristo se hizo cargo de él, y Cristo veló sobre él, y Cristo le enseñó y le bendijo. Los avisos que Cristo le había dado fueron parte de su formación; y al final de todo vino aquella mirada de amor. En medio de su sufrimiento Cristo no se olvidó de él, sino que se volvió y le miró, y "Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente". Y el Cristo que llevó a Pedro a Pentecostés está hoy esperando para hacerse cargo de todo corazón que quiera entregársele. .

¿No hay algunos que dicen: "¡Ah! Ese es mi problema; siempre mi propia vida, mi propia comodidad, la consciencia de mí mismo, mi propio gusto y mi propia voluntad: ¿cómo voy a deshacerme de todo esto?" Mi respuesta es: es Cristo Jesús quien puede librarte de ello; ningún otro que Cristo Jesús puede librar del poder del yo. ¿Y qué le pide El que haga? Le pide que se humille ante El.